

# LA ENSEÑANZA DE LOS IDIOMAS MODERNOS EN EL MOMENTO ACTUAL

Jesús Cantera Ortiz de Urbina  
Catedrático de la Universidad Complutense.

Inútil resaltar la importancia que en nuestros días han adquirido los idiomas modernos. Circunstancias muy diversas contribuyen al incremento de relaciones entre los pueblos; los viajes son cada vez más frecuentes; las publicaciones de todo género llegan a todas partes; la radio no conoce fronteras, y apenas las conoce la televisión... Por otro lado, algunas profesiones, como técnicos de turismo, azafatas, empleados de agencias de viaje, intérpretes, traductores oficiales en conferencias y congresos internacionales, etc. están adquiriendo un desarrollo extraordinario y requieren, entre otras condiciones, un conocimiento práctico de lenguas vivas. Para la banca y el comercio en sus distintas ramificaciones, son auxiliar efficacísimo los idiomas modernos. En los estudios superiores no puede darse un paso en serio sin el dominio de varias lenguas modernas.

Por otra parte, es propósito muy decidido del Consejo de Europa la difusión de idiomas universales en los distintos países europeos, habiéndose fijado como meta que todo europeo hable por lo menos otro idioma, y mejor dos, además del propio, con miras -entre otras razones- a un mejor conocimiento entre todos los pueblos europeos y a una más estrecha unión entre los diferentes países de Europa.

Son muchos los millones de personas que emplean el inglés como lengua corriente. Aunque menos numerosos, son también muchos los que se expresan en francés. Menos numerosos, que los de la lengua inglesa, pero mucho más que los de lengua francesa, los que hablamos corrientemente en español. Inglés, francés y español son tres lenguas universales.

Por otra parte, son también muy numerosos los que en la vida corriente emplean el alemán, el ruso, el chino o el japonés. De todas maneras, salvo en cierto modo el alemán,

estas lenguas (ruso, chino y japones) no han tenido por ahora fuerza de irradiación, y no han pasado de ser lenguas más bien nacionales, en tanto que el español, el francés y el inglés son lenguas universales, habladas en diferentes países y en distintas partes del mundo. Consideración especial merecían también a este respecto el portugués y el árabe, otras dos lenguas de carácter universal.

Gracias al descubrimiento de América y a la labor colonizadora y evangelizadora de nuestros antepasados, el español es hoy la lengua de la mayor parte de América del Sur y de América Central (salvo Brasil y las Guayanas), y también la lengua del Caribe y de Méjico; y es asimismo empleado como lengua corriente en numerosos núcleos de los EEUU en sus regiones sudoccidentales. Y es también la lengua natural en Puerto Rico, en contraposición a lo que ocurre en Filipinas donde además muy recientemente ha sido suprimida la obligatoriedad de su enseñanza. Por cuanto significa, no dejaremos de recordar los núcleos de sefarditas que siguen conservando, aunque lamentablemente en franco retroceso y condena de tal vez a una pronta desaparición, una modalidad interesante de nuestro idioma: el judeoespañol.

El francés es hablado en Francia, en la mitad de Bélgica (la Valonia), en varios cantones suizos (que constituyen aproximadamente la cuarta parte de la población suiza) y en Luxemburgo. Pero además, también en una parte del Canadá, y en la Guayana francesa, en las islas de Guadalupe, Martinica, Saint-Pierre-et-Miquelon, y en gran parte del antiguo imperio colonial francés, y también en el antiguo Congo belga. Pero el francés retrocede rápidamente y progresivamente, cediendo el paso con frecuencia al inglés, y replegándose otras veces ante la imposición del árabe en países de cultura árabe o de religión musulmana.

El inglés, en cambio, y a pesar de ciertas dificultades y retrocesos en algunos puntos, conoce hoy un auge extraordinario no sólo por el muy elevado número de personas que lo hablan, sino por la importancia que aún conserva Inglaterra y sobre todo por el empuje de los EEUU.

Durante varios siglos, el latín ejerció el papel de lengua universal para el cristianismo occidental. Pero en el siglo XVI, a pesar del Renacimiento que podría hacer pensar en un resurgir y una revitalización del latín, éste retrocede como lengua universal del cristianismo occidental: las distintas iglesias protestantes propugnan el empleo de las lenguas nacionales; y los libros de ciencias e incluso de filosofía no son ya publicados en latín sino en lengua vernácula. El latín aparece como relegado. Y en ese momento, de manera inconsciente, nace una lucha incruenta entre español y francés por conseguir la categoría de lengua universal.

Al principio corresponde este privilegio al español, lengua de un imperio "en el que no se ponía el sol". Pero más tarde se impone el francés, favorecido esencialmente por las circunstancias políticas de principios del siglo

XVIII. España, desgastada por circunstancias muy diversas, debe ceder el puesto a Francia. Los desdichados tratados de Utrecht(1713) y de Rastadt(1714) señalan el fin de nuestro dominio. Por el tratado de Utrecht, que pone fin a nuestra guerra de Sucesión, Felipe V es reconocido rey de España y de las Indias; pero a cambio de esa instauración de los Borbones en España, debe ceder Sicilia a su suegro Amadeo de Saboya y la isla de Menorca y el peñón de Gibraltar a Inglaterra. Por el tratado de Rastadt Felipe V se reconcilia con el Emperador, pero se ve obligado a ceder las posesiones en Italia, Flandes y Luxemburgo. En definitiva, se realiza el desmembramiento que Carlos II había procurado evitar, consumándose la pérdida del predominio español en Europa; y, desde nuestro punto de vista, la cesión del español en favor del francés como lengua universal europea. De esta suerte el francés, que se había ido introduciendo de manera progresiva en Europa sobre todo durante el siglo XVI y afianzándose durante el siglo XVIII, logra triunfar sobre el español por el tratado de Rastadt de 1714 (redactado en francés) y con el establecimiento de los Borbones en España.

En el enfrentamiento de las casas de Austria y de Borbón había salido victoriosa esta última. Y éste es precisamente el factor decisivo en favor del francés como lengua universal en Europa. A partir de ese momento el francés se impone en Europa, principalmente por estas razones políticas que acabamos de señalar, aunque también contribuyen al esplendor de su corte y la prestancia de su aristocracia, su prestigio literario cuyas obras clásicas son con frecuencia obras universales, y también su prestigio militar y político en toda Europa.

Durante dos siglos este apogeo del francés, que se confirma a partir del tratado de Rastadt y se consolida con la Revolución Francesa, convierte al francés en la lengua universal de la diplomacia y contribuye a extender por toda Europa y fuera de Europa su manera de pensar. El espíritu de claridad y de precisión, los delicados matices de expresión, la exactitud y el método característicos del francés, son admirados en toda Europa y contribuyen poderosamente a la difusión de la cultura y del pensamiento francés y de manera muy especial a la propagación de los ideales de la Revolución.

Hasta la primera guerra mundial el francés ejerce una influencia más que extraordinaria en Europa y en América, y es la lengua de la cultura y de la diplomacia en todos los países europeos, hablándose impecablemente francés en las cortes de Prusia y de Austria, de los países balcánicos, del imperio otomano y de los zares.

Del tratado de Rastadt(1714) al de Versalles (1919) transcurren dos siglos, que son dos siglos de hegemonía del francés en Europa. El tratado de Versalles, que establece las condiciones de paz después de la primera guerra mundial señala el principio de la decadencia del francés como lengua universal, o al menos el momento en que se inicia un retroceso y un peligro gravísimo para el francés.

Ya las guerras de la Revolución y el Imperio habían

provocado reacciones nacionalistas en varios países, identificando, no sin cierto fundamento, "la idea de patria a la idea de lengua".

Al acabar la primera guerra mundial (1914-1918), con una participación americana decisiva en el desenlace de la misma, el tratado de Versalles (1919) es redactado en inglés y en francés. La brecha está ya abierta. A partir de este momento el francés deja de ser la lengua diplomática para ser una lengua diplomática. El final de la primera guerra mundial lleva consigo el derrumbamiento del imperio austrohúngaro, del imperio alemán y del imperio ruso, lo cual supone una profunda convulsión en la historia y en la organización europeas; pero para nosotros supone también un golpe muy serio para el francés como lengua universal. En las sesiones y conferencias de la Sociedad de Naciones y en los congresos internacionales el francés no es la lengua oficial, la lengua diplomática, sino una de las lenguas oficiales, una de las lenguas diplomáticas. Y aunque por reacción unas veces frente al alemán y otras frente al ruso, el francés sigue conservando un puesto de favor en algunos países como Polonia, Yugoslavia y Rumanía, retrocede en cambio, cediendo la situación de privilegio al inglés, en los países escandinavos, en la América Hispánica, en Oriente Medio y en Asia. A duras penas logran detener algo al retroceso los denodados esfuerzos de la Alianza Francesa y de la Misión Laica, y de misiones e instituciones católicas y también protestantes, así como la Alianza Israelita Universal.

Llega más tarde la segunda guerra mundial (1939-1945), que en cierto modo es más suave, pero desde otro punto de vista mucho más dura para Francia, que conoce la ocupación y la resistencia. También esta segunda guerra mundial se caracteriza por una participación americana decisiva en los últimos tiempos. Y también, después de ella, en los tratados de Postdam, Yalta y San Francisco, así como en las conferencias internacionales como la UNESCO, el francés no es en modo alguno la lengua oficial, sino una de las lenguas oficiales.

Surgen además muy serias dificultades para el francés en las distintas partes del mundo. Incluso en España ha conocido y conoce momentos de extrema gravedad siempre en favor del inglés. Y es que en favor del inglés juegan factores muy importantes. Por un lado es una lengua muy extendida por todo el mundo, hablada por muchos millones de habitantes: en el Reino Unido, en Irlanda, en los EEUU, en una buena parte del Canadá, y en cierto grado en los países del antiguo imperio colonial inglés. También influyen poderosamente las circunstancias políticas y la superioridad técnica americana. Por otro lado goza el inglés de una sencillez tal que "forzando un poco-empleo una frase de Wagner- por medios artificiales el carácter elemental de su morfología y de su sintaxis, técnicos de la propaganda son capaces de construir un idioma reducido capaz de vehicular la Biblia y Shakespeare en modelo standard accesible en pocos meses a un número incalculable de personas". Aprovechando estas condiciones y cualidades se han elaborado métodos muy logrados de enseñanza del inglés basados en un inglés básico y en el empleo de las estructuras. Al mismo tiempo, la necesidad de enseñar

en un plazo muy breve a los soldados, jefes y técnicos americanos que habían de acudir a un país extranjero, con ocasión de las últimas guerras, dio lugar a la elaboración de unos métodos rápidos, basados generalmente en los medios audiovisuales. Esta elaboración de métodos, casi siempre muy logrados, sugirió la idea de aplicar estos métodos y estos procedimientos a la enseñanza del inglés.

Hemos señalado anteriormente que la difusión del francés en el mundo supuso la difusión de unas ideas, de una cultura, de una manera de pensar. De ahí que quepa pensar en un humanismo americano en lengua inglesa que hagan firmes sus conquistas.

La importancia que en nuestros días están adquiriendo las lenguas modernas ha suscitado una digna emulación por superar sus métodos de enseñanza. Por otra parte, han cambiado el concepto de la utilidad que representa el conocimiento de un idioma moderno. Hasta hace unos años, lo único que solía interesar en el estudio de un idioma moderno era la comprensión de un texto escrito. Muchas personas, capaces de leer un libro francés, alemán o inglés, e incluso de escribir con cierta facilidad en uno de estos idiomas, no acertaban a reconocerlo al oído y mucho menos eran capaces de expresarse en él con mediana soltura. Este fenómeno, hartamente frecuente hace escasamente treinta años, está desapareciendo. Hoy se estudia un idioma moderno con miras a poderlo utilizar como lengua hablada tanto o más que como lengua escrita.

Mucho se ha discutido sobre si el estudio de una lengua extranjera constituye o no un fin en sí. Hace años -como acabamos de decir- se estudiaba generalmente un idioma moderno con un fin muy parecido al que se pretendía con el estudio de una lengua clásica: servir de introducción al conocimiento de su literatura y de su civilización. Hoy, en cambio, se busca preferentemente un fin más práctico y se estudia un idioma extranjero como medio de comunicación. De ahí el predominio de la lengua hablada sobre la escrita. Se dan algunos casos - muy pocos en general- de estudiar una lengua simplemente para conocer su estructura lingüística. Más frecuentes son los casos de estudiarla como preámbulo para mejor penetrar en el alma de un pueblo, para conocer profundamente su civilización. Muy frecuentes son también los casos de estudiar un idioma extranjero para poder manejar las publicaciones (generalmente técnicas) escritas en ese idioma. Prescindimos ahora -aunque sean muy numerosos- de los que estudian una lengua exclusivamente porque figura en su plan de estudios.

Además de todos los casos señalados, cada vez es mayor el contingente de alumnos que buscan en el estudio de un idioma moderno un fin eminentemente práctico: podemos entender en él en una conversación normal y corriente.

Podemos estar más o menos de acuerdo con el principio de limitar, en una primera etapa, la enseñanza de un idioma extranjero al aspecto hablado, desterrando o prescindiendo de la enseñanza de la lengua escrita. Pero no es menos cierto

que todo el que estudia una lengua viva no debe limitarse a chapurrear unas cuantas frases con un vocabulario reducido y muy limitado, sino que ha de tener miras más altas. ¿Quién va a renunciar a leer un periódico, un tebeo, una revista, un libro?. ¿Quién renunciará a poder mantener correspondencia con unos amigos extranjeros?. De ahí que más tarde o más temprano se ha de ampliar el campo y se ha de dar entrada a la lengua escrita.

Por descontado que -en un principio- en una primera etapa se ha de dar preferencia a la lengua hablada sobre la escrita, descartando la literaria hasta un nivel superior. Así para la lengua hablada como para la escrita se ha de buscar preferentemente un lenguaje normal y corriente prescindiendo por completo, al principio, de la lengua demasiado familiar y de la popular, así como también de un estilo rebuscado.

Si bien es cierto que la civilización actual nos impone la necesidad de aumentar nuestro caudal de conocimientos, no es menos cierto que nuestras posibilidades son limitadas, como muy bien ha sabido reflejar desde muy antiguo la filosofía popular en el "quien mucho abarca poco aprieta".

Añadamos que, por una serie de razones, el rendimiento de los alumnos disminuye sensiblemente.

Ante estos hechos innegables se ha buscado o pretendido poner remedio reduciendo la materia, de acuerdo con el "non multa sed multum". Aplicado este principio a la enseñanza de idiomas modernos, han surgido diversos métodos que tratan de enseñar en el menor tiempo posible lo fundamental o esencial de una lengua.

No debemos ser excesivamente ambiciosos pretendiendo abarcar demasiado. Pensemos más bien en un fin práctico al estudiar una lengua extranjera. Que esta lengua extranjera no aparezca como algo lejano, sino como un objetivo inmediato y fácil de alcanzar, teniendo muy presente que la ambición desmedida suele resultar contraproducente.

De acuerdo con "nuevas" tendencias pedagógicas basadas en profundas elucubraciones "psicológicas", hoy se tiende mucho a una enseñanza basada en la plena utilización de la "inteligencia analítica", con menosprecio evidente de la memoria.

Aunque plenamente compenetrados con los principios pedagógicos que propugnan el papel predominante de la razón de la enseñanza, consideramos erróneo declarar la guerra a la memoria, ya que eso puede acarrear (y de hecho acarrea) muy graves inconvenientes. No debemos, por tanto, dejar de llamar la atención sobre los perjuicios a veces irreparables que está causando esa guerra a la memoria. Recordemos -eso sí- el sabido consejo de nuestro Balmes al decirnos que la formación de nuestros alumnos debemos esforzarnos para conseguir "fábricas, no almacenes", es decir enseñar a razonar, a pensar, más que simplemente a almacenar o archivar datos.

Pero tampoco olvidemos que Dios nos ha concedido intelligen

cia y memoria para que aprovechemos una y otra. Y añadamos que esa aparente "plena utilización de la inteligencia analítica" es con frecuencia empleada en detrimento no sólo de la memoria sino incluso de la atención, lo cual es mucho más grave todavía, pues constituye una flagrante contradicción

Mucho se insiste -con fines frecuentemente de propaganda comercial- en las excelencias de nuevos métodos para la enseñanza de las lenguas modernas. En dos meses, un alumno mediano sabe ya decir y puede entender unas cuantas frases sencillas de la vida corriente. Deslumbrado ante la noticia de unos éxitos tan maravillosos y rapidísimos, que además se consiguen "sin esfuerzo" por parte del alumno, éste se decepciona cuando se le dice que es preciso trabajar y estudiar para aprender una lengua. No es nuestro intento censurar con esto unos métodos que tan buen resultado pueden dar para un fin práctico de carácter rápido, como el de un viaje inmediato o la necesidad de manejar unas cuantas frases para atender a la clientela extranjera en un comercio, hotel, restaurante, etc. Sin embargo, para el que desee un conocimiento sólido más que aparente, básico y no superficial, le insistiremos en la necesidad del esfuerzo y le diremos que no desconfíe de los métodos que exigen trabajo, sin dejar por otra parte de animar a sacar el mayor provecho de los nuevos medios que nos ofrecen los adelantos de la técnica.

El hombre se rebela naturalmente contra la necesidad de trabajar y trata de eludir esa obligación o procura por lo menos reemplazarla por la ley del mínimo esfuerzo, poniendo en práctica el lema "ad notam maximam cum labore minimo" de algunos avispidos estudiantes. Más que rehuir el trabajo y el esfuerzo, hemos de procurar hacerlos rentables y no malgastar nuestras energías. Sin olvidar, por otra parte, que lo fácilmente aprendido suele olvidarse con suma facilidad, y en cambio lo que con esfuerzo y trabajo se aprende, suele quedar sólidamente grabado. Administremos, pues, nuestros esfuerzos y nuestras energías, empleándolas cuando, donde y como convenga.

Busquemos métodos y técnicas que faciliten el esfuerzo de nuestros alumnos y que lo hagan más provechoso y productivo. Y aún podríamos decir más. Procuremos que nuestros métodos y nuestras técnicas despierten el interés del alumno y creen en él un cierto placer y un cierto gusto que compense el esfuerzo que tiene que realizar.

Se pretende que el niño, al aprender su lengua materna, lo hace sin esfuerzo ni trabajo alguno. Pero la realidad es que hace un inmenso y continuado esfuerzo de audición y de reproducción. Ese esfuerzo y ese ejercicio inconsciente le ofrecen al cabo de unos meses un sistema y unas estructuras básicas de la lengua. Lo esencial, desde nuestro punto de vista, son las condiciones especiales en que se realiza. El niño lo hace con gusto y sin ningún complejo. No tiene vergüenza ni miedo al hablar, ni teme hacer el ridículo. No le preocupa hacerlo bien o mal. Lo único que pretende es hacerse entender. Y, sin darse cuenta, va adquiriendo un sistema sobre el que construye su lengua, al principio

muy imperfecta, pero que poco a poco se irá perfeccionando.

De todas maneras, nos debemos poner en guardia contra unos paralelos demasiado fáciles. La diferencia no sólo está en la edad y sus condicionamientos, sino sobre todo en que el alumno de una lengua extranjera posee ya un sistema lingüístico, su sistema lingüístico. Al enfrentarse con otra lengua, se produce en él evidentemente un "choque" psíquico desde el punto de vista de las estructuras gramaticales y más aún de las estructuras fonológicas. De ahí que se haya podido hablar con mucha razón de una resistencia inconsciente a la nueva lengua.

De todas maneras, frente al doble mito de la dificultad insuperable, por otro lado, o la dificultad excesiva, por otro, de los idiomas modernos, es más acertado afirmar que ninguna es demasiado fácil ni tampoco demasiado difícil. Todas pueden aprenderse, incluso por alumnos menos dotados; pero se requiere esfuerzo, y , sobre todo, método y constancia.

Es frecuente desanimarse y abandonar un idioma cuando se está a punto de coronar la cima. Es como el corredor que, después de una larga carrera, se retira a pocos metros de la meta porque, al no verla, la cree aún lejos.

Venimos insistiendo en que se requiere esfuerzo. Todo el que haya aprendido una lengua extranjera, por cualquier método que sea, y todo profesor de idioma extranjero, sea cual sea su método, saben muy bien del esfuerzo y trabajo que exige aprender una nueva lengua, aunque se aprenda en el país en que se habla.

Esta convicción de que el aprendizaje de una lengua exige esfuerzo no quiere decir, ni mucho menos, que no se deba procurar mejorar los métodos y las técnicas para hacer más fácil el estudio, ni menos aún que en el esfuerzo se llegue hasta el agotamiento del alumno. Antes al contrario, nunca debe llegarse hasta el agotamiento, descansando si es necesario o variando el ejercicio si resulta más conveniente. Un hecho que conviene tener presente es que al cabo de unos veinte minutos, así el adulto como el niño empieza a distraerse y cede su atención, por muy interesante que sea el tema, la lección o la conferencia. Se produce una especie de bache, aunque fácilmente superable; pero que vuelve a producirse con frecuencia cada vez mayor y de más larga duración. Si esto nos ocurre incluso a las personas ya maduras y con dedicación al estudio y a la reflexión, cuánto más se ha de producir en niños que tienen hartos motivos e incluso necesidad de distraerse.

El mundo actual, además, es favorable a la atención. El exceso de ruidos, la sobreexcitación, la obsesión de noticias y de sensaciones fuertes, la contaminación atmosférica la prisa y la velocidad... todo contribuye a crear un clima nada favorable a la atención.

Cualquiera que sea el método adoptado, lo fundamental es que resulte una clase viva, en la que participen todos y cada uno de los alumnos.

La disposición clásica del aula es poco afortunada para dar vida a una clase de idioma, pues en la vida corriente



no estamos colocados en filas uno detrás de otro, dándonos la espalda al hablar. Por eso, en la clase de idioma es aconsejable disponer los asientos en una especie de círculo o en forma de herradura, de suerte que todos se vean y puedan dialogar viéndose las caras. Una decoración acertada contribuye a situar a los alumnos en un ambiente del país cuya lengua practica e incluso, en ocasiones, dentro de un ambiente en consonancia con el tema objeto de la conversación o de estudio.

Esta participación del alumno se verá corroborada suscitando en él motivaciones que despierten su interés. Y constituye una primera motivación el lograr que el alumno crea en la utilidad o conveniencia de aprender una lengua extranjera. Es fácil despertarle este interés. Más difícil, en cambio, pero no menos necesario, resulta mantenerlo, y más aún prepararle para las primeras decepciones, que surgirán inevitablemente. Llegarán momentos de desaliento. La meta aparecerá a veces muy lejana, quizá como algo inalcanzable. Pero el buen profesor lo ve venir, lo intuye; y, lo que es más importante, aporta el remedio oportuno.

Particular interés se ha de poner a la decepción que puede sufrir el alumno al hacer sus primeros pinitos fuera de la clase y comprobar que no acierta a hablar ni a comprender lo que le dicen, y que no se entera al oír la radio o un disco... Naturalmente, éstas y otras posibles decepciones no son las mismas en todos los alumnos. Dependen de muchos factores. Hay alumnos optimistas en exceso; y otros, en cambio demasiado pesimistas.

Algo parecido ocurre con la vergüenza al hablar: vergüenza por los compañeros y "temor" o "respeto" al profesor. Y también vergüenza al presentarse ocasión de hablar fuera de clase. No es raro el caso de personas cultas, incluso profesores de idiomas, que hablan tranquilamente un idioma extranjero en la calle o con gente sencilla, pero quedan mudos cuando están entre intelectuales, sobre todo de gran locuacidad.

En algunas ocasiones se ha planteado el problema de quién constituye el profesor ideal para la enseñanza de un idioma moderno: ¿profesor nativo?, ¿diplomado por una Escuela de Idiomas?, ¿Licenciado en Letras?, ¿profesor de EGB?.

Hoy se habla mucho del profesor nativo y se ha creado en torno a él un verdadero mito. Hace años se hacía gala en algunos ambientes de tener una "Fräulein", una "miss", o una "demoiselle" para que el niño aprendiera alemán, inglés o francés. Por otro lado, siempre han gozado de merecida fama los centros de la Alianza Francesa, los Institutos Francés, Británico y Alemán y diversos colegios extranjeros más o menos oficiales, así como algunos colegios de religiosas francesas o irlandesas que se distinguían por su enseñanza del francés o del inglés desde las clases maternas o primarias. Miles de niños españoles han aprendido en esos centros un idioma extranjero sin esfuerzo aparente, adquiriendo un magnífico conocimiento de la lengua en cuestión, especialmente en lo que atañe a la pronunciación. El ejemplo ha cundido,

y hoy se multiplican los "Kindergarten" o los jardines de infancia donde los niños "jugando y sin esfuerzo" aprenden alemán, francés o inglés.

Desde otro ángulo, van surgiendo numerosas academias e institutos de idiomas cuyo profesorado suele reclutarse entre jóvenes estudiantes extranjeros durante su estancia más o menos prolongada en España. Y como mérito especial de la academia o instituto de idiomas se hace resaltar en la propaganda que el centro cuenta con un profesorado nativo, amén muchas veces de instalación de laboratorio y de medios audio-visuales.

Pero ¿quién constituye ese profesorado nativo?. En el mejor de los casos, estudiantes extranjeros que vienen a España para perfeccionar su español o para aprenderlo. Son estudiantes de cualquier facultad o Escuela, rara vez de Letras, y más aún, futuros profesores de idiomas. No pocas veces se trata de simples "turistas" que vienen a España a pasar unas vacaciones. Pero en torno a ellos se ha creado un mito del profesorado nativo, creyéndose con exagerado e ingenuo optimismo que conocen perfectamente su idioma, gozan de una impecable y bonita pronunciación y son en definitiva el profesorado ideal.

Conviene, por otra parte, reflexionar sobre las condiciones que se requieren para ser un buen profesor de un idioma extranjero. En primer lugar, señalemos que debe conocer perfectamente las dos lenguas: la lengua que va a enseñar y la lengua del alumno. No basta, a nuestro modo de ver, el conocimiento de la lengua que se va a enseñar, sino que se requiere también conocer la del alumno para saber poner en juego los contrastes entre una y otra y sobre todo el complejo juego de las estructuras lingüísticas.

Junto con el conocimiento del idioma, el profesor de una lengua moderna debe conocer su metodología práctica. Un buen profesor de idioma moderno no se contentará con un conocimiento perfecto de la lengua, sino que deberá sentir inquietud por su metodología y tratará de penetrar en la psicología del alumno para que su enseñanza sea más eficaz.

Todos estamos de acuerdo en que, bajo muchos aspectos y en todos los niveles, lo esencial no es saber muchas cosas, sino saberlas bien. Insistiremos en que, para un buen profesor, si bien es muy importante conocer profundamente su materia, mucho más importante puede ser que sepa enseñarla y que sepa formar a sus alumnos. ¡Cuántas veces un profesor con una preparación científica normal, y hasta regularcilla, consigue unos resultados que para sí quisieran algunos portentos que deslumbran con su bagaje de conocimientos científicos!. A la condición de un conocimiento tan perfecto como sea posible de las dos lenguas (la enseñada y la de los alumnos) se ha de añadir, no el conocimiento, sino la formación metodológica de la enseñanza de idiomas modernos y en la psicología del alumno.

Descontados los conocimientos teóricos y prácticos del profesor, recordemos otras condiciones que deberían darse por supuestas. En primer lugar, su honradez profesional

y las ganas de trabajar. Respecto a las ganas de trabajar, podemos afirmar que son una condición sine qua non. Porque, en efecto, el "profesor" que no se sienta atraído a la enseñanza por una auténtica vocación, es mejor que recoja sus bártulos y oriente su vida hacia otros horizontes. La enseñanza - no cabe duda- tiene muchos atractivos y llena realmente cuando se profesa con ilusión y cariño; pero no suele compensar en absoluto cuando sólo constituye un simple medio de vida.

Hemos hecho alusión a la honradez profesional, a la deontología del profesor. Honradez profesional, deontología del profesor, que son algo tan lógico y natural que ponerlo en duda sería ofender el pundonor de esas legiones de profesores que consagran su vida a la enseñanza. ¿Para que hablar de la asistencia, de la puntualidad, de la dedicación, de la entrega en una palabra?.

Cuando hay honradez profesional y el profesor obra y actúa según las normas y sobre todo el espíritu de la deontología, muchos males desaparecen o no se dan, y se evita tener que oír una de las afirmaciones que más nos debe doler: "he tenido un mal profesor".

En nuestros días estamos asistiendo a una explosión de la lingüística aplicada. Cada vez se habla más -aunque no siempre con conocimiento de causa- de lingüística aplicada y de medios audiovisuales. Sin descartar factores de snobismo, no cabe poner en duda que la lingüística aplicada está llamada a perfeccionar la enseñanza de los idiomas modernos. Cabe un símil relativamente fácil y significativo. No es raro tropezar en la carretera con un conductor perplejo ante una avería de su coche. A veces es un buen conductor; pero desconoce las más elementales nociones de la mecánica. Sin ser ingeniero ni técnico, un conductor que conozca la mecánica podrá sacar mayores provechos de su coche no sólo en caso de avería sino incluso en su manejo normal. El profesor de idiomas que, además de conocer perfectamente la lengua que enseña y la del alumno, esté compenetrado con la lingüística aplicada, tendrá mayores probabilidades de éxito y hará su enseñanza mucho más agradable y sobre todo más eficaz, ya que la lingüística aplicada le ayudará a manejar los elementos, según aconsejen la edad de los alumnos y las circunstancias que les rodeen.

La lingüística aplicada será en efecto de gran utilidad para el profesor de idiomas modernos. Hay sin embargo algo que difícilmente le darán los libros o las conferencias o los cursillos, y que sin embargo es de una importancia capital en cualquier tipo de enseñanza. Nos referimos al cultivo de las aptitudes y de la habilidad que cada uno puede tener para despertar en los alumnos el interés por la materia enseñada. Todos poseemos unas condiciones innatas, aunque con frecuencia ocultas. El buen formador de profesores acertará a descubrirlas y las deberá revelar al profesor en formación. A éste, con la sabia orientación del encargado de la formación del profesorado corresponderá luego su cultivo para lograr sacar el máximo provecho.

Muchas veces se piensa, con exagerado optimismo, que con saber la materia es suficiente, y que preparar la clase está muy bien para un nivel superior, para una lección magistral; pero no es necesario con alumnos de grado medio y menos aún con principiantes.

Nada más equivocado. Una buena clase con alumnos principiantes o de grado medio, sobre todo si esta clase es de idiomas, requiere una cuidada preparación inmediata. En primer lugar, plantearse el objetivo de la clase, qué estructura, qué vocabulario, etc. enseñar; es decir, fijar los objetivos; y ver luego cómo actuar para conseguir que el alumno se interese en la clase y logre familiarizarse con lo enseñado. Esa preparación lleva naturalmente consigo la elaboración de ejercicios: la grabación en su caso, o la preparación de dibujos, etc.

El fijar el objetivo de cada clase exige bastantes esfuerzos, pues requiere pensar y meditar cuidadosamente, reflexionar con mucha atención para encajar ese objetivo dentro de la enseñanza programada y a la vista de los resultados que se van obteniendo y del nivel en que se encuentra la clase. Porque además, hay que encajar perfectamente en su conjunto la estructura objeto de la clase, el vocabulario que se pretende practicar; ya que por otra parte la clase no puede ni debe en modo alguno circunscribirse a ese punto o a esos puntos que constituyen su objetivo principal, sino que ha de enfocarse siempre como una enseñanza global.

En la preparación de la clase debe preverse hasta el cansancio, el aburrimiento incluso, el tedio del alumno. El buen profesor, a quien no faltan dotes de psicólogo, no sólo nota durante la clase, sino que incluso lo prevé; y lo que es más importante aún, prevé el remedio, que generalmente está en la variedad. Durante la clase se producen naturalmente baches, momentos de distracción, de cansancio, de agotamiento. Si esto ocurre incluso con gente madura, ¡cuánto más con alumnos de doce, trece o catorce años!. No se puede pretender que el alumno esté como una estatua o que actúe como una máquina. Son absolutamente necesarios momentos de relajación. El buen profesor llega a prever estos baches y logra incluso sacar provecho de ellos. Una clase bien preparada tiene previstos los momentos en que se ha de cambiar, cuándo conviene hacer tal o cual ejercicio, cuándo despertar el interés con ésta o aquella provocación.

Y aparte de esta preparación inmediata de cada clase, es conveniente y necesaria una preparación más remota del curso, del trimestre, del mes, y quizá de la quincena o semana.